



# La geografía de las mentiras: Samir Amin y el asesinato del eurocentrismo

---

PRINCE KAPONE :: 21/09/2025

Una reseña de 'Eurocentrismo: modernidad, religión y democracia', de Samir Amin. El eurocentrismo no es un defecto, es el software del capitalismo global

*Samir Amin detona su núcleo ideológico, exponiendo cómo sirve al imperio, blanquea la historia e infecta incluso la tradición marxista. Esta revisión no es solo una crítica, es una insurgencia.*

## **El imperio piensa en mapas, no en mitos**

El eurocentrismo no es un sesgo. Es un sistema operativo. Una lógica planetaria de guerra, riqueza y supremacía blanca codificada en el lenguaje de la modernidad. Samir Amin no lo aborda como un malentendido cultural o un narcisismo euroamericano que olvidó revisar sus privilegios. Lo aborda como un revolucionario que examina la arquitectura del amo, rastreando cómo Occidente construyó su cosmovisión para justificar una estructura global de robo. Porque esto es lo que es el eurocentrismo: la cobertura ideológica para la conquista imperial. Es el mapa que dibuja el imperio para convencerse a sí mismo de que descubrió el mundo que robó.

Desde el principio, Amin nombra a su enemigo. No es Europa como continente ni los europeos como individuos, sino el sistema de pensamiento que coronó a Europa como sujeto de la historia mundial y relegó al resto de la humanidad a mero ruido de fondo. Este eurocentrismo no es solo académico. Es activo. Nos dice quién inventó la razón. Quién descubrió la democracia. Quién tiene cultura y quién solo tiene tradición. Quién merece la soberanía y quién debe ser educado con ataques con drones. Cada vez que un periodista occidental explica la pobreza de África citando el tribalismo en lugar del ajuste estructural, o un historiador trata 1492 como el amanecer de los tiempos, o un marxista occidental da lecciones al Sur Global sobre las etapas históricas, están haciendo el trabajo del eurocentrismo. A veces con chaquetas de tweed. A veces con chalecos antibalas.

La intervención central de Amin es destruir la ilusión de que la desigualdad del mundo tiene su origen en el atraso cultural. Él llama a esta mentira "culturalismo": la idea de que Occidente se levantó porque era racional, inventivo, progresista, y que los demás se quedaron atrás porque eran estancados, místicos, irracionales. ¿Te suena familiar? Debería. Es la columna vertebral de todos los informes del FMI, todas las epopeyas históricas de Hollywood y todas las campañas de recaudación de fondos de las ONG liberales. El culturalismo es la forma en que el capitalismo elude su propia historia manchada de sangre. Sustituye la conquista por la competencia, el saqueo por el progreso. Y la izquierda occidental, como muestra Amin, ha repetido a menudo estos mitos, disfrazándolos de dialéctica, pero sin abandonar nunca el mapa.

El eurocentrismo no es solo un conjunto de ideas. Es una infraestructura. Ha dado forma a

la universidad, al museo, a la agencia de desarrollo, a la sala de redacción y, sí, al grupo de lectura marxista. Nos ha enseñado a ver a Europa como el centro de todo: la primera en razonar, en rebelarse, en industrializarse, en teorizar. La ironía, señala Amin, es que gran parte de la riqueza y el poder que hicieron posible esta imagen de sí misma no procedían del genio de Europa, sino de sus genocidios. Sin el oro de América, los cuerpos de los africanos y las especias y el opio de Asia, no habría habido Ilustración. No habría habido Europa. Solo hay imperio.

Para Amin, la lucha contra el eurocentrismo no es un proyecto de recuperación cultural. Es una guerra política. Porque el mapa trazado por la ideología eurocéntrica sigue siendo impuesto por ejércitos, sanciones, regímenes comerciales y filántropos multimillonarios. Y la tragedia es que incluso aquellos que dicen luchar contra el imperio, incluidos muchos marxistas, siguen tratando este mapa como si fuera la realidad. Analizan la clase sin el colonialismo. Teorizan el capitalismo sin la conquista. Hablan de las clases trabajadoras como si la historia hubiera comenzado en Manchester, y no en los campos de azúcar de Barbados o las plantaciones de algodón de Misisipi.

Por eso Amin es importante. Porque no se limita a criticar el eurocentrismo, sino que lo desmembra. Nos da un método, un bisturí y una visión del mundo que no nace en los cafés de París ni en los seminarios de Berlín, sino en las trincheras revolucionarias del Tercer Mundo. Su marxismo no se centra en Europa. Se centra en la periferia. En los colonizados. En los superexplotados. No escribe para reformar la mentalidad occidental, sino para armar al Sur Global.

La cuestión, camarada, es sencilla: no se puede dismantelar la casa del amo utilizando el atlas del amo. Hay que quemar el mapa, escuchar a las personas que nunca fueron dibujadas en él y empezar a trazar el mundo desde las ruinas del imperio. Samir Amin trazó las primeras líneas. El resto depende de nosotros.

## **La invención de la modernidad, el robo del mundo**

Hay una historia que a Occidente le encanta contarse a sí mismo. Es algo así: un día, en algún momento entre el Renacimiento y la Ilustración, Europa despertó. Se sacudió el polvo de la superstición, encendió una antorcha llamada Razón y marchó con confianza hacia la modernidad. Todo, desde el capitalismo hasta la democracia, desde la industria hasta la ciencia, nació de este despertar interno. ¿El resto del mundo? Durmiendo. Soñando. Esperando a ser descubierto, civilizado e introducido en la historia por la mente europea. Este es el mito de la modernidad europea, y Samir Amin lo lleva a juicio sin piedad y sin disculpas.

Amin da la vuelta al guion. La modernidad no surgió de un suelo europeo singularmente racional, sino que fue fertilizada por el robo global. La llamada Ilustración no solo iluminó, sino que expropió. El auge del capitalismo en Europa no fue una evolución interna, sino una acumulación imperial. La riqueza que financió la industria occidental procedía de los barcos negreros y las plantaciones coloniales. La teoría del valor-trabajo no era solo abstracta, estaba escrita con azúcar, algodón y sangre. Cuando Occidente inventó la modernidad, lo hizo desmembrando el mundo. Amin lo llama por su nombre: integración violenta en un orden global capitalista, orquestada desde la metrópoli e impuesta en la periferia.

Aquí es donde Amin golpea con más fuerza tanto a la ideología burguesa como a sus variantes marxistas. El liberalismo nos dice que el capitalismo triunfó porque era eficiente, racional y moralmente superior. Algunos marxistas occidentales se hacen eco de esto, sustituyendo la “superioridad moral” por la “inevitabilidad histórica”, pero siguen trazando el desarrollo como si Europa fuera el epicentro del movimiento mundial. Amin derriba esta arrogancia. Muestra cómo el capitalismo surgió no solo a través de la lógica del mercado, sino también a través de la guerra, el saqueo y la desarticulación estructural de otras civilizaciones. Europa no se levantó, sino que secuestró la trayectoria del desarrollo global y se autoproclamó impulsora.

Y aquí es donde recae la acusación contra el marxismo occidental. Demasiados socialistas occidentales siguen hablando del capitalismo como si hubiera evolucionado en el vacío. Tratan el comercio transatlántico de esclavos, la colonización de Asia y el saqueo de América como incidentes históricos, trágicos, sí, pero no esenciales para la lógica central del desarrollo capitalista. Amin nos obliga a enfrentarnos a esta cobardía. No hay capitalismo sin colonización. No hay proletariado sin plantaciones. No hay plusvalía sin mundos robados.

El mito de una Europa que rompió racionalmente con el feudalismo a través de la Ilustración y la investigación científica no es más que una narrativa edulcorada para limpiar la sangre de las paredes del imperio. Amin insiste en que dejemos de medir el desarrollo por lo mucho que una sociedad imita a Europa. En cambio, debemos preguntarnos: ¿desarrollo para quién? ¿A través de qué medios? ¿A qué precio? Lo que parece progreso en Londres a menudo parece genocidio en el Congo. Los ferrocarriles del imperio no transportaban libertad, sino soldados, cadenas y cuotas de caucho.

Amin no rechaza la modernidad, sino que se la arranca de las manos de la burguesía. Insiste en que la modernidad no es un regalo de Europa, sino un campo de batalla moldeado por contradicciones. Si hay un futuro por el que vale la pena luchar, no se encontrará siguiendo los pasos del imperio. Lo construirán las personas que fueron pisoteadas bajo esas botas, aquellas que nunca pudieron escribir sus propias modernidades porque estaban demasiado ocupadas sobreviviendo a la de Europa.

Esta sección del libro es una bofetada a todas las teorías que ven a Europa como una linterna del progreso y al resto del mundo como oscuridad. Es una llamada a las armas para los revolucionarios que están dispuestos a dejar de suplicar por entrar en la modernidad y empezar a definirla en sus propios términos. La Ilustración no es nuestra herencia. Es nuestro botín. Y Amin nos ha mostrado cómo recuperarlo.

## **Las civilizaciones borradas y el silenciamiento de la historia**

Antes de que Europa afirmara haber inventado la historia, el mundo ya la estaba escribiendo. Las civilizaciones florecieron desde Tombuctú hasta Tenochtitlán, desde Bagdad hasta Pekín, dando forma a sistemas de conocimiento, gobernando vastas sociedades y produciendo riqueza sin capitalismo. Pero cuando Europa lanzó su ofensiva colonial, no solo conquistó tierras y mano de obra, sino que reescribió el pasado. Samir Amin llama a esto por su nombre: una destrucción sistemática de la memoria histórica, una limpieza historiográfica. Occidente no solo robó el futuro. Enterró el pasado.

En la cosmovisión eurocéntrica, las civilizaciones no occidentales son invisibles o están congeladas en el tiempo. África es presentada como “sin historia”. Asia como estancada. Las Américas como bárbaras. Amin analiza cómo funciona esta lógica: permite a Occidente enmarcar su dominación como un rescate. Si los demás no tienen historia, entonces la conquista no es un robo, es filantropía. Si los demás no tienen desarrollo, entonces la colonización no es violencia, es ayuda. Este es el juego de manos ideológico que convierte el genocidio en gobernanza y la guerra en bienestar.

El contraataque de Amin se basa en el análisis materialista del modo de producción tributario. Se niega a dejar que Occidente defina la historia como una marcha unilineal hacia el capitalismo. En cambio, insiste en una pluralidad de lógicas históricas. Los imperios, las ciudades-estado, las redes comerciales y las sociedades agrarias de todo el mundo no occidental desarrollaron formas complejas de organización social y extracción de excedentes mucho antes de que Europa saliera del útero feudal. No se trataba de versiones subdesarrolladas del capitalismo. Eran caminos alternativos por completo. Y precisamente por eso tuvieron que ser destruidos.

La tradición marxista occidental, a pesar de todas sus pretensiones de radicalismo, a menudo cae en la misma trampa. Al tratar a Occidente como la locomotora de la historia y al mundo no occidental como su furgón de cola, reproduce la misma jerarquía que dice rechazar. Demasiados marxistas siguen hablando de sociedades “atrasadas” que deben ponerse al día, o de “vestigios feudales” que deben eliminarse para que surja el socialismo. Esta teleología huele sospechosamente a destino manifiesto con bandera roja. Amin la aplasta. Demuestra que estos supuestos vestigios a menudo no fueron aplastados por la historia, sino por la artillería europea.

La obra de Amin insiste en que tomemos en serio la idea de que otros mundos eran posibles —y de hecho se estaban haciendo realidad— antes de que el capitalismo los abortara. El Imperio de Malí tenía universidades cuando Europa todavía quemaba brujas. Los incas utilizaban sistemas de contabilidad relacional que rivalizaban con la infraestructura logística contemporánea. El mundo islámico conservó y amplió el conocimiento clásico, mientras que Europa lo ahogó en la ignorancia clerical. Pero la historiografía occidental convirtió todo esto en ruido de fondo. Y el marxismo occidental, ebrio de categorías eurohegemónicas, a menudo ayudó a escribir la banda sonora.

Este borrado no fue pasivo. Fue el ala ideológica activa de la conquista militar. Y sus secuelas aún nos acompañan. Cuando los tecnócratas del Banco Mundial prescriben la “modernización”, se están parando sobre la tumba de la historia. Cuando los economistas del desarrollo citan los “valores tradicionales” como barreras para el crecimiento, están citando el guion colonial. Y cuando los marxistas occidentales exigen que los movimientos revolucionarios sigan el modelo “universal” de la lucha de clases europea del siglo XIX, están diciendo a los colonizados que imiten a sus antiguos amos.

La intervención de Amin es clara: debemos recuperar la multiplicidad histórica. No como una celebración de la diferencia cultural por sí misma, sino como una necesidad estratégica en la guerra contra el capitalismo global. Porque cuando la historia se aplana, la lucha queda desarmada. Pero cuando la historia se reconstruye a partir de las ruinas, cuando los

borrados se reinscriben como agentes, como constructores, como rebeldes, entonces la historia vuelve a convertirse en un campo de batalla. Y Occidente pierde su monopolio sobre el futuro.

## **El código cultural del capitalismo y el adoctrinamiento de Occidente**

El capitalismo no es solo un sistema económico, es un proyecto de civilización. Samir Amin lo deja brutalmente claro. El auge de la modernidad capitalista no solo transformó los mercados, sino que reconfiguró la cultura. Fabricó una visión del mundo en la que la codicia es racional, el individualismo es sagrado y Europa es el destino. No fue un efecto secundario. Fue una estrategia. Para dominar el mundo, el capital no solo necesitaba armas y barcos, sino también historias, símbolos, hábitos y ética. Necesitaba una cultura de conquista disfrazada de sentido común.

Amin apunta al andamiaje ideológico que el capitalismo construyó para sí mismo: el culto al individuo, el mito del progreso, la celebración de la racionalidad. Demuestra que estas no eran verdades eternas a la espera de ser descubiertas, sino inventos burgueses, forjados en los hornos de la clase capitalista emergente de Europa. El llamado “declive de la metafísica” no fue una liberación del dogma, sino la sustitución del absolutismo religioso por los dogmas seculares del beneficio, la productividad y la propiedad. El viejo sacerdote fue sustituido por el economista. El altar, por el banco.

Esta revolución cultural no fue neutral. Trajo consigo una antropología particular: el hombre como homo economicus, la sociedad como mercado, la libertad como elección del consumidor. Y detrás de todo esto estaba Europa, el sujeto autoproclamado de la civilización, que se presentaba a sí misma como la portadora natural de los valores modernos. El protestantismo, el racionalismo secular y el liberalismo fueron elevados como los estándares universales del desarrollo humano. ¿Y todos los demás? Seguían atrapados en la tradición, la emoción, el misticismo. Seguían esperando a que los sacaran a la luz.

El marxismo occidental, como muestra Amin, a menudo bebió del mismo pozo envenenado. A pesar de que atacaba al capitalismo económicamente, con frecuencia interiorizaba su cosmovisión cultural. Pensemos en cuántos marxistas rinden culto al altar de la historia europea, citando 1848, 1871 y 1917 como las únicas revoluciones que importaron, mientras tratan la Revolución Haitiana, la Rebelión Taiping, los zapatistas o la Conferencia de Bandung como notas al pie. Pensemos en cuántos siguen tratando la democracia liberal como una etapa natural, o el socialismo como una mejora técnica de la modernidad occidental, en lugar de una ruptura con su esencia.

La cuestión no es que el marxismo sea intrínsecamente eurocéntrico. Es que, en manos de intelectuales europeos que se negaban a romper con su entorno imperial, el marxismo a menudo se veía despojado de su fuerza, descolonizado solo de nombre. Amin no rechaza a Marx, lo purifica. Devuelve el materialismo histórico a sus raíces antiimperialistas. Nos recuerda que la cultura no es un telón de fondo de la lucha de clases, sino su terreno. El aula, la iglesia, el periódico, la familia, el museo... todos se convirtieron en campos de batalla para moldear al sujeto capitalista.

Y ese sujeto era europeo, incluso cuando lo encarnaba alguien en Lagos o Lahore. El

capitalismo no solo saqueó el mundo, sino que trató de rehacerlo a su imagen y semejanza. Las lenguas, las costumbres y las cosmologías indígenas fueron aplastadas no solo por los misioneros, sino también por los economistas, los antropólogos y los “expertos en desarrollo”. El sur global no solo fue colonizado, sino que fue reprogramado. El imperialismo cultural fue el software que permitió al capital funcionar en hardware extranjero.

El llamamiento de Amin no es a volver al tradicionalismo, sino a una insurgencia cultural arraigada en el antiimperialismo. Nos desafía a construir una conciencia revolucionaria que se niegue a universalizar la experiencia burguesa europea. Porque mientras el capitalismo escriba el guion de lo que significa ser moderno, los colonizados siempre desempeñarán papeles secundarios. Para derrocar el sistema, también debemos derrocar su cultura. Y eso significa expulsar el eurocentrismo de la revolución, junto con sus apologistas marxistas.

### **De Weber a Huntington: el culturalismo recargado**

Cuando el imperialismo bruto pasó de moda, el imperio se volvió más inteligente. Cambió los cañoneros por think tanks, los misioneros por campañas mediáticas y los gobernadores coloniales por becarios de Harvard. Pero la función siguió siendo la misma: explicar la desigualdad global de manera que se borre el colonialismo y se culpe a las víctimas. Ahí es donde el culturalismo volvió a ser el centro de atención, renombrado para la sociedad educada. Samir Amin no solo critica este juego de manos, sino que expone todo su linaje. Desde Max Weber hasta Samuel Huntington, desde economistas del desarrollo hasta gurús de la sociedad civil, Amin muestra cómo Occidente construyó un arsenal intelectual para naturalizar su supremacía global. Y nombra a los marxistas que miraron para otro lado.

Empecemos por Weber, el favorito de los sociólogos liberales y un referente en las notas al pie del marxismo occidental. ¿Su argumento principal? Que el capitalismo surgió en Occidente gracias a los valores protestantes: disciplina, ahorro y gratificación diferida. En otras palabras, Europa no solo inventó el capitalismo, sino que se lo ganó. Este mito, revestido de ropajes académicos, es pura guerra ideológica. Convierte el violento auge del capitalismo en una fábula moral. Transforma los barcos de esclavos en metáforas de autocontrol. Y presenta a los colonizados no como los robados, sino como los perezosos, los irracionales, los desprevenidos.

Amin lo desmonta. Demuestra que la tesis de Weber no solo es históricamente errónea, sino que es estratégicamente útil para el imperio. Al situar los orígenes del capitalismo en la cultura, Weber traslada la culpa de la desigualdad global al Sur Global. Si tuvieran los valores adecuados, según esta historia, ellos también se habrían desarrollado. Y cuando los marxistas occidentales adoptan acríticamente estos marcos —o peor aún, construyen teorías enteras en torno a ellos— se convierten en cómplices ideológicos. Cambian el materialismo histórico por cuentos morales históricos.

Entra Huntington. Su “choque de civilizaciones” no fue una ruptura con la teoría liberal, sino su punto final. Donde Weber utilizó la sociología, Huntington utilizó la geopolítica. ¿Su mensaje? Occidente es racional, secular y democrático. El resto del mundo es tribal, autoritario y peligroso. Por lo tanto, la guerra permanente es inevitable. Amin muestra cómo esta lógica no se quedó solo en las revistas académicas. Saltó a la política. Justificó el

bombardeo de Irak, las sanciones a Irán, la invasión de Afganistán y el cerco a China. El culturalismo, en manos de Huntington, se convirtió en una doctrina de guerra. Y el marxismo occidental, al negarse a cuestionar su propio eurocentrismo, se encontró sin una narrativa contraria, solo con el silencio o la incómoda defensa del “mal menor”.

Lo devastador de la crítica de Amin es cuántos “izquierdistas” no ven la continuidad entre Weber y Huntington. Uno lleva traje, el otro uniforme. Uno cita las escrituras, el otro cita los “valores occidentales”. Pero ambos dictan el mismo veredicto: Occidente merece gobernar. Todos los demás deben ponerse al día o ser disciplinados. El culturalismo no es un marco neutral. Es un arma de clase que se maneja en el terreno de la ideología. Y cada vez que un marxista lo repite, ayuda a cargar el cargador.

Las ONG hablan de “creación de capacidad”. El FMI advierte sobre los “déficits de gobernanza”. El Banco Mundial financia libros de texto que borran la historia colonial. Esto no es apolítico. Es la continuación del imperio por medios pedagógicos. El culturalismo permite al imperio fingir que está ayudando mientras estrangula. Permite a la izquierda fingir que está educando mientras reproduce la jerarquía. Amin arranca la máscara de todo ello. Pide una ruptura, no una revisión. No un marco culturalista mejor. Un rechazo total.

Porque si el marxismo quiere ser revolucionario en el siglo XXI, debe enterrar a sus antepasados eurocéntricos. Debe dejar de citar a Weber y empezar a citar a los trabajadores y campesinos de la periferia. Debe dejar de diagnosticar al Sur Global y empezar a escucharlo. El tiempo de la traducción ha terminado. El tiempo de la solidaridad —en el método, en la teoría, en la lucha— hace tiempo que ha llegado. Amin no nos pide que critiquemos el culturalismo. Nos pide que lo destruyamos. Y que reconstruyamos el marxismo desde los cimientos que el imperio intentó pavimentar.

### **Universalismo desde abajo: romper el monopolio de la modernidad**

Samir Amin nunca rehuyó la palabra “universal”. Simplemente se negó a dejar que Occidente se adueñara de ella. Para él, la batalla nunca fue entre universalismo y particularismo, sino entre universalismos rivales: uno forjado en el fuego de la conquista, el otro en el crisol de la resistencia. El primero habla con la voz del imperio, los derechos humanos de las ONG y los consultores de desarrollo. El segundo habla en el lenguaje de Bandung, de los médicos cubanos en África, de los campesinos vietnamitas que derribaron un imperio con bambú y fuego. Amin exige que recuperemos un universalismo desde abajo, arraigado no en el excepcionalismo europeo, sino en las luchas compartidas de los oprimidos para rehacer el mundo.

El Occidente liberal reclama la universalidad por defecto. Su cultura se convierte en “cultura”. Sus valores se convierten en “valores humanos”. Su sistema político se convierte en “democracia”. Todos los demás se convierten en locales, tribales, regionales, atrasados. Amin denuncia este engaño. Muestra cómo la versión occidental del universalismo es en realidad profundamente provinciana: un provincialismo inflado con pasaporte global y drones depredadores. Su humanismo excluye a la mayor parte de la humanidad. Su democracia se sustenta en dictaduras. Su secularismo está empapado de sangre. Lo único universal es su alcance, no su ética.

Pero Amin tampoco cae en la trampa del relativismo cultural. No sostiene que los valores de todas las sociedades sean igualmente válidos. Ese es el tipo de cobardía posmoderna en la que se refugia el marxismo occidental cuando quiere eludir la cuestión colonial. En cambio, Amin insiste en un universalismo materialista, arraigado en las condiciones reales de la emancipación humana. Un universalismo basado en la igualdad, la soberanía y la abolición de la explotación. Uno que no comienza en París o Londres, sino en Uagadugú, La Paz, Ramala y Nueva Orleans.

Aquí es donde la izquierda occidental comienza a retorcerse. Porque el universalismo de Amin expone sus propios fracasos. Mientras los marxistas occidentales debaten si la modernidad es una “construcción eurocéntrica” en sus burbujas de titularidad, los movimientos antiimperialistas reales del Sur Global llevan décadas luchando por definir una modernidad en sus propios términos, una que no requiera imitar a Occidente ni rechazar la modernidad por completo. Amin se pone de su lado. Se niega a permitir que Occidente mantenga secuestrada la modernidad. Demuestra que la posibilidad misma de un mundo moderno justo solo nacerá a través de la ruptura del actual. A través de la revolución, no de la reforma. A través de la desvinculación, no de una mejor integración. A través del internacionalismo proletario, no de los “estudios globales” académicos.

Al hacerlo, Amin traza una línea en la arena. O bien se cree que la emancipación humana universal puede lograrse mediante una transformación socialista del sistema mundial, o bien se está jugando a favor del imperio. No hay una tercera vía. No hay zona neutral. No hay un multiculturalismo educado que permita que el capital viva y que la gente muera. Y cualquier marxismo que no entienda esto no es marxismo en absoluto, es euro-liberalismo con el logotipo de la hoz y el martillo.

El universalismo de Amin no habla desde arriba. No proviene de las bibliotecas de Berlín ni de las salas de conferencias de Londres. Surge de la experiencia vivida por los colonizados, los rebeldes, los trabajadores a los que se les niega incluso el derecho a ser contados. Es el universalismo de la Revolución Haitiana, de la firmeza palestina, de la reforma agraria china, de las guerrillas mozambiqueñas, de las Panteras Negras y los zapatistas. No pretende que Occidente sea irrelevante, simplemente se niega a convertir a Occidente en el centro.

La tarea que tenemos ante nosotros, insiste Amin, no es elegir entre la modernidad eurocéntrica y el repliegue culturalista. Es crear un nuevo universalismo a través de la lucha. Uno que no sea ni una exportación occidental ni un retorno nostálgico al pasado, sino un sistema mundial en el que la mayoría pueda finalmente hablar, actuar y determinar su futuro sin permiso. Esa es la única modernidad por la que vale la pena luchar. Y el único marxismo que vale la pena conservar.

### **Quemar el mapa: la urgencia política del antieurocentrismo**

La lucha contra el eurocentrismo no es un debate académico. Es un frente de batalla en la guerra de clases global. Samir Amin no solo ofrece críticas, sino también munición. Porque el eurocentrismo no flota en las nubes de la teoría, sino que está incrustado en todas las instituciones que disciplinan al Sur Global. Justifica los ataques con drones y las sanciones. Respalda las condiciones del FMI y las ocupaciones de la OTAN. Es la lógica tácita detrás de

los muros fronterizos, los regímenes golpistas y el ajuste estructural. Es la gramática del imperio. Y dejarlo sin cuestionar es traicionar la revolución antes de que comience.

En el siglo XXI, la supremacía ideológica de Occidente se está derrumbando, pero sus armas permanecen. El tecnofascismo no es solo una actualización digital del antiguo orden, es una recalibración del imperio en crisis. A medida que la clase dominante estadounidense fusiona Silicon Valley con la guerra de vigilancia, y la UE se pone una máscara liberal mientras expande la Fortaleza Europa, el eurocentrismo muta para sobrevivir. Se renueva con nombres como “intervención humanitaria”, “orden basado en reglas” y “desarrollo responsable”. Pero sigue nombrando a los colonizados como problemas y a Occidente como la solución.

Por eso la obra de Amin es ahora más relevante que nunca. Él entendió que el antieurocentrismo no es una cuestión secundaria, sino el núcleo ideológico del antiimperialismo. No se puede construir un mundo descolonizado sobre cimientos eurocéntricos. No se puede derrotar al imperio pensando con sus categorías. Occidente siempre reclamará el derecho a hablar en nombre del mundo, hasta que el mundo le retire ese derecho.

Gran parte del marxismo occidental sigue a la defensiva. Trata el eurocentrismo como un defecto teórico que hay que corregir, no como un enemigo político que hay que destruir. Se aferra a los marcos del siglo XIX para explicar las contradicciones del siglo XXI. Sitúa a europeos muertos en el centro de un mundo en llamas. Exige “rigor” mientras ignora la revolución. Domina a Marx, pero guarda silencio sobre Fanon. Domina a Lenin, pero es alérgico a Lumumba. Samir Amin no les deja escapar. Les acusa de complicidad.

Porque la batalla por la historia es una batalla por el poder. Quien narra el pasado controla el futuro. Amin entendió que Occidente se escribió a sí mismo en la historia borrando a todos los demás, y que el primer paso hacia la liberación es deshacer ese borrado. Nombrar a los colonizados como sujetos, no como víctimas. Centrar el Sur Global no como un lugar de crisis, sino como el corazón de la revolución mundial. Dejar de esperar a que Europa caiga y empezar a construir lo que vendrá después.

Ese es el reto que lanza Amin. A los revolucionarios. A los intelectuales. A los organizadores. A todos aquellos que hablan en nombre del pueblo, pero siguen pensando con la mente del imperio. No hay anticapitalismo sin antieurocentrismo. No hay internacionalismo sin desvinculación. No hay futuro socialista sin la destrucción del sistema ideológico que hizo posible el colonialismo, el fascismo y el neoliberalismo. Ese sistema se llama eurocentrismo. Y debe ser aniquilado.

La obra de Amin nos da la teoría. El resto es praxis. Derribad sus mapas. Quemad sus libros de texto. Romped sus líneas temporales. Pronunciad los nombres que enterraron. Y escribid la historia en el lenguaje de los desdichados. No como una crítica, sino como un grito de guerra.

----

\* *Prince Kapone es un escritor, expreso político y fundador de Weaponized Information, un*

*proyecto mediático radical dedicado a exponer al imperio. Kapone desarrolló la teoría del tecnofascismo para explicar la fusión del capital monopolista, las grandes tecnológicas y el poder estatal en la crisis actual del imperialismo.*

*weaponizedinformation.wordpress.com. Traducción: Antoni Soy Casals para Sinpermiso*

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-geografia-de-las-mentiras-samir-amin>